





La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, cumplió diecisiete años (2003-2020) de publicaciones mensuales gratuitas e ininterrumpidas, con tirajes de entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título.

La colección se presenta en ediciones bellas y económicas que se distribuyen entre los suscriptores de la revista *El Malpensante* y los usuarios de bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de Colombia. Asimismo, se encuentra en los catálogos de las sedes universitarias de Standford, Yale y Harvard.

El poemario n.º 179 *Carta deshecha en el mar del remitente*, es una antología del poeta mexicano Francisco Trejo, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo del mismo autor.

*Selección y cuidado de*  
Francisco Trejo



N.º 179

Francisco Trejo

Carta deshecha  
en el  
mar del remitente

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
DECANATURA CULTURAL  
2021

ISBN 978-958-790-611-0

© Francisco Trejo, 2021  
© Universidad Externado de Colombia, 2021  
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia  
Tel. (57 1) 342 0288  
dextensionc@uexternado.edu.co  
www.uexternado.edu.co

*Primera edición*  
Junio de 2021

*Imagen de carátula*  
*Campo de trigo*, por Claude Monet, óleo sobre lienzo,  
1881, Museo de Arte de Cleveland, Ohio

*Diseño de carátula y composición*  
Departamento de Publicaciones

*Impresión y encuadernación*  
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Consulte nuestros poemarios publicados durante 17 años en:  
[www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos](http://www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos)

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Hernando Parra Nieto  
Rector

Miguel Méndez Camacho  
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango  
Coordinadora General

CLAUDE MONET\* (París, 1840 - Giverny, 1926). Pintor francés, conocido por ser uno de los fundadores del Impresionismo. Sentó las bases de la pintura moderna, su pincel no buscaba comunicar una historia ni dar una instrucción moral al espectador, solo ponía en el lienzo impresiones en función de las sensaciones experimentadas por su mirada. Las pinceladas puntillistas en sus cuadros con propiedad de maestro, son el origen del arte pictórico moderno. Sus innovaciones en el estudio del color y la luz causaron tanta admiración como rechazo, pero como bien sabemos, se adelantó lo justo a su tiempo como para ser considerado un innovador y tener éxito al mismo tiempo. Monet había descubierto su estilo, que se fue radicalizando con el tiempo. Intentó captar el instante (sus trenes con humo), la luz (sus paisajes), las variaciones del color a través de sus series sobre un mismo tema, a distintas horas o durante estaciones diferentes. Paulatinamente fue acentuando los efectos luminosos hasta llegar en ocasiones a difuminar las formas o incluso a fundirlas entre sí. El cuadro que acompaña este poemario *Campo de trigo*, muestra paisajes de la campiña francesa del siglo XIX. Los trazos decididos y los colores espesos recuerdan el estilo de Vincent Van Gogh.

\* Textos tomados de : <https://www.todocadros.com.co/pintores-famosos/monet/> y <https://historia-arte.com/artistas/claude-monet>



## CONTENIDO

- Honor de la derrota [9], Invención de Telémaco [10],  
Principio exiliar [12], Disfraz del extranjero [13],  
Herrumbre y dromedario [17],  
Canto cardenche para llorar algunos nombres [18],  
Patria verdadera [19], Piel [20],  
En la felicidad, incluso [21], Élitros [22],  
Nocturno de la desconfianza [23],  
Soñar de los sedientos [24], Dolora [25],  
Heridal [27], Tálamo [28],  
Como Torso de Belvedere [30],  
El petrificado de Pompeya [31],  
Una idea sobre la ausencia de Dios [32],  
Sueñera [33], Refrán [34],  
Carta (abierta al mundo) del poeta desterrado [35],  
Disertación del recostado [37], Averío [40],  
Siluetas de los tristes [41], Arena de las islas [43],  
Monólogo frecuente [44], Atavismos de la luz [45],  
Discurso como agua para el trigo [47],  
Botella con epístolas [49], Dos momentos [51],

Manecillas para volver de los destierros [53],  
Escarabajo de junio [55],  
Tocar el mar, desvanecerse [56],  
Casa, corazón y horno [57], Girasoles [59],  
Séptimo [60], La piedra en la mano [63],  
El mundo calla [64], Sumario de los ciegos [65],  
Carta deshecha en el mar del remitente [66]

## HONOR DE LA DERROTA

Nunca escribiré los mejores versos de mi lengua,  
mas dejaré mi llanto agudo,  
porque ni la caída,  
ni la necedad del humus,  
evitan que brillen  
las plumas  
de los pájaros vencidos.

## INVENCIÓN DE TELÉMACO

A veces uno abre los ojos  
y se da cuenta de que fue saqueado,  
muy adentro,  
de que está desnudo y no busca:  
encuentra el traje  
o el temor  
que se ajusta a sus contornos.  
Pero más que vestido,  
yo encontré mi propia piel  
en un libro de mitología griega  
que olvidó mi padre  
al irse de la casa.  
¿Olvidó? No lo sé.  
A veces pienso  
que lo dejó en mis manos  
a propósito,  
para advertirme de su larga travesía  
por la garganta del mar  
—sus perennes conticinios—.  
Y si la voz en esas páginas  
no ahonda en la ternura,  
en la forma del amor

como aguja sin ovillo,  
es porque Telémaco  
soy yo  
y vine a describir, en la roca,  
mi rotura.  
He vivido la misma soledad  
en los mares de los libros  
y son las manos  
del hijo de Odiseo  
las que escriben los años de mi carne,  
lo que quiero tocar y se niega  
—como pluma de ánsar  
en ráfaga de viento—  
a quedarse en la poesía.  
Aquí está la forma de gritar  
mi viaje inmóvil,  
y de hacer,  
en el retraso del reencuentro,  
un remo de símbolos  
para cruzar el ciclón  
de las metamorfosis.

## PRINCIPIO EXILIAR

A Xhevdet Bajraj

La poesía se demora, en algunas ocasiones,  
porque es una larva,  
suspendida y muda en el zarzal,  
y agoniza en el aire,  
como la lengua de un hombre  
en la horquilla, con el sonido disecado.  
Debe madurar la voz  
para que la boca pronuncie sus abismos,  
como madura la piel de la cigarra  
antes de abrirse  
y mostrar su nueva carne con élitros metálicos.  
Basta el silencio, mientras tanto,  
porque ya dice mucho acerca de la vida,  
como un vuelo de moscas sigiloso  
sobre el cadáver de un colibrí,  
o un trébol erguido en la banqueta  
orinada por los ebrios.

## DISFRAZ DEL EXTRANJERO

El nombre que tengo  
jamás ha sido mío,  
porque siempre fue  
de mi hermano mayor  
que nació sin vida  
a los cinco meses  
y creció, desde entonces,  
como mata de ajenjo  
en el corazón de mi madre.  
Con su muerte,  
reconozco mi vacío  
en todos los retratos:  
a media luz, mi cara  
con los rasgos  
misteriosos de mi padre.  
Mis amigos me observan  
y piensan que este cuerpo,  
como una olla  
llena de melancolía,  
soy yo, en la hora  
de las discretas mutaciones:

«Es Francisco», dicen,  
mientras ven  
los marcados lunares  
como aspecto distintivo  
de mi rostro.  
Y como esas máculas  
sobre la piel  
hay otras manchas  
que oscurecen de mí  
lo más profundo.  
Son mi carne  
y mi epidermis  
el disfraz desajustado  
de mi alma:  
estoy detrás de él,  
como detrás  
de la muerte de mi hermano.



## HERRUMBRE Y DROMEDARIO

Nací enfermo de estar vivo  
y llevo más de veinte años sin la mentira del remedio.

El vértigo, el pesimismo y la piedra de la cólera  
son los mayores síntomas, la otra piel, de mi nostalgia.

Mi cuerpárbol de aves abyectas  
se disipa en parvadas, en diásporas de sobresaltos.

A menudo me siento incompleto:  
sólo tengo rostro en la poesía —arañado, pero mío—.

Toco las palabras con la humedad de mis vísceras  
como se toca el paladar con la punta de la lengua.

Yo nací con pesadumbre: soy el agua que agoniza  
sobre el hierro  
y mira distante la garganta del mundo dromedario.

CANTO CARDENCHE PARA LLORAR  
ALGUNOS NOMBRES

Hubo un día en que sentí la sed de todos los años  
de mi carne.

Y busqué un río. Y busqué otro nombre.

Con la boca seca invoqué a mis abuelos:  
«Hipólito», «Julio», «Aguasangre», «Aguardiente».

La primera muerte de los míos  
estuvo siempre en el alcohol, como un insecto  
conservado.

Fueron mis viejos los primeros en abrir  
la botella del caudal que me quema la garganta.

Yo hice un poco de fuego con alcohol  
para secar de mi grito los nombres que me duelen.

## PATRIA VERDADERA

A Saúl Ibargoyen

El poeta no muere una vez:  
se despide, en cada verso, de las cosas del mundo,  
como un Midas que pierde lo que toca.  
Sin embargo, hay un epitafio en común  
para los poetas del exilio  
en el país como mancha de tinta:  
*Murió de pie, con el pañuelo de la amada,  
para que alguien amarre sus huesos al rosal de la  
existencia,  
porque vendrán a la espina otros pájaros migrantes  
con el mismo hueco en la elegía.*

## PIEL

Al concluir el día que me duele tanto,  
como un golpe en la estructura,  
luego de decir adiós a los míos  
y de guardarme en la maleta llena de salitre,  
vienen a mi mente las personas  
que he conocido a lo largo de mi vida,  
a las que no soy capaz de mirarles los ojos, otra vez,  
para no encontrar el tiempo en su aflicción.  
Sólo hay algo cierto cuando me miro en los demás:  
envejecemos, pero la angustia es la piel  
que permanece sin arrugas.

## EN LA FELICIDAD, INCLUSO

Cuando me duele la humanidad,  
cuando la siento rasgada desde la lengua,  
me doy cuenta de que soy más de uno.  
Yo debo ser todo lo vivo, porque el dolor es mi figura.  
A medida que aumenta la luz,  
me confirmo como la sustancia continua del lamento.  
En la felicidad, incluso,  
me duele tanto en el rostro  
la sonrisa.

## ÉLITROS

He pensado siempre que hay algo de esquirra en mi  
nombre.

Si libertad significa en sus enjambres,  
no siento un par de élitros cuando alguien lo pronuncia.  
Siento un golpe en los huesos, porque me rompo al  
escucharlo:

dudo tanto de portar  
la máscara que buscan.

## NOCTURNO DE LA DESCONFIANZA

Me sorprende la noche regresando a mis escritos  
como quien regresa a su salmuera  
porque no ha podido entrar en la coraza de lo humano.  
Acaso sea mejor,  
porque lo humano está por los suelos  
—es alud de tinieblas—.  
Pierde caudal la boca  
para describir el portento del mundo;  
ahora es polvo el polvo,  
herrumbre la herrumbre  
y la felicidad la vestidura  
de incompatibles proporciones con la pena.  
Regreso a mis escritos,  
como regreso al sueño, después de tanto bostezar,  
porque salir de la derrota  
es entrar a la ceniza, al medio cuerpo,  
al trozo de carne llagada.  
A pesar de la duda  
—la otra piel de los desconfiados—,  
mis escritos son más yo  
que cualquier sonido de mi nombre.

## SOÑAR DE LOS SEDIENTOS

La poesía es consecuencia de la sed,  
de perseguir a un Sindbad por las páginas de los libros  
y perderlo  
en el océano perturbador de la hoja enmudecida.  
El poeta tiene polidipsia: bebe,  
pero está seco en la garganta  
cuando anhela ser el hondísimo hueco de los vasos.

Piensa el sediento, se condena:  
*no basta con asir una pluma,  
porque se pueden robar*  
*todos los pájaros del aire.*



**DOLORA**

Esta soledad sequísima,  
esta forma de ser silueta encorvada  
por buscar un corazón en toda madriguera,  
esta sed de sed, esta mengua  
en la rotura,  
esta grietud de estatua melancólica,  
esta lengua en la sin miel  
de los sonidos, esta boca en la poesía  
a falta del resto de la cara,  
esta vivienda de metales derrotados,  
esta cobija con tábanos ocultos,  
esta pared salífera,  
esta habitación con moscas necias,  
esta fruta de semillas grises,  
esta mano sin el peso de monedas,  
esta forma de correr  
para que suenen las llaves en el bolsillo,  
esta ixiónida pregunta por la muerte,  
esta cáscara del ser,  
esta hora flaca, sin minutos,  
esta oquedad en lo perplejo,  
esta comezón en los puños,

esta sal, pese a todo,  
esta canción, medida de pobreza,  
esta gotera iracunda,  
esta mancha en todo laberinto,  
esta vida de alas sin plumaje,  
cuando es angustia cruda,  
llámese —no dolor, a secas, ni hueco,  
no sierpe, vendaval  
o rumor elegiaco—  
llámese, como dicta la carne:  
«dolora»,  
porque algo brilla en la palabra  
y algo escucho de mis huesos  
cuando la suelto en el poema.

## HERIDAL

Es el mundo, dijo mi origen,  
y toqué su costado, como Tomás  
la herida de Jesús  
en una pintura de Caravaggio.

Igual que un erizo,  
el mundo se guardó debajo de su espina.

Si he de tocar de nuevo al animal lastimado,  
ha de ser con otra llaga.

## TÁLAMO

*¿Quién eres?*,  
me pregunta el hijo de la bibliotecaria,  
el pequeño fisgón  
al que le envidio sus seis años de pureza.

*¿Qué pregunta!*, me digo,  
y me interno en el tomo de mi vida.

Si supiera que soy el que escribe lánguido de dudas  
a falta de un dios que abrace más la carne.

El que no regresa a Ítaca  
porque halló su casa en los remos del éxodo.

El que usa las sandalias de Hermes para volar  
y arrancarse del mundo como costra de pie lacerado.

El que escucha la música de Orfeo  
para no mirar hacia atrás cuando irrumpe la alegría.

El que derrama sus lágrimas en la rivera  
porque escucha crepitar el cuerpo de Patroclo.

El que viaja con los mirmidones  
para henchirse de valor como la vela de su nave.

El que miró resquicios en el iris de Medusa  
y se convirtió en piedra a los catorce años.

El que busca respuestas en la mitología  
y se descubre bicorne en su propio laberinto.

El que ve los hilos de su sangre en los dedos de  
Ariadna  
y presiente oscura su salida.

El que pide flores y no monedas  
para las larvas de sus ojos, al momento cerrado  
del capullo.

El que al fin,  
transformado en cisne,  
pretende fecundar a Leda, la poesía.

## COMO TORSO DE BELVEDERE

Tengo algunas palabras para retratarme  
y no pasar la vida «sin decir» en la antesala de la muerte.

Diré que —más allá de mi cabello sin forma,  
de los élitros torpes de mis labios,  
de mi frente alta como mirador sin estrellas  
y de mi nariz fracturada por el desasosiego,  
incluso más allá de mi estado hipocondriaco  
y del alcastraz oscuro que podo en la poesía—,  
intento ser un hombre completo  
en la boca del mundo que todo lo mastica.

La poesía es un pasillo en silencio  
donde se exhiben las mutilaciones que celebra  
nuestra especie.

## EL PETRIFICADO DE POMPEYA

A Erik González

Veo la imagen de un hombre convertido en piedra:  
escultura tallada por la cólera del Vesubio.

Los huesos visibles en la longevidad de sus extremidades  
son serpientes frenéticas que abandonan carne y  
epidermis.

Su muerte —misteriosa permanencia—,  
es el fósil del mar: rastro absoluto en todas las especies.

Y yo me miro en su aspecto atribulado.

Cuando revienta el cráter ancestral de mi zozobra  
y pavesas de nervios inhumen mis vísceras,  
seré mi propia estatua:  
la del hombre retorcido,  
petrificado en el intento de huir en la poesía.

## UNA IDEA SOBRE LA AUSENCIA DE DIOS

La compasión de Dios me resulta dolorosa  
como el mutismo del que canta para no colgarse de  
la higuera  
y fingir ser miel adentro  
del oscuro de su sangre.

Caer es natural:  
caen la lluvia y la placenta que abrazan las crías de  
los cerdos,  
cae la vida  
como cayó la gata que enterré, trémulo,  
en el jardín de las caléndulas.

Cae despacio el peso de mi congoja  
porque sé que sin caer en mi tumba he caído  
en el hueco de esta soledad que lleva  
el nombre desgastado de mi especie.

Y sé que Dios no está más entre nosotros,  
porque todo creador,  
después de descubrir la joroba de su alma en la poesía,  
se angustia y se da un tiro —es natural—  
o vive en el engaño del aplauso para siempre.



## SUEÑERA

La muerte está dormida en mi pecho  
—y mi canto es su sueño recurrente.

**REFRÁN**

En la mención de la tristeza,  
siempre hay un pájaro que canta.

CARTA (ABIERTA AL MUNDO)  
DEL POETA DESTERRADO

Si pudiera dormir, por un instante,  
con mi cabeza en los albergues de tu cuello,  
si me dejaras recostar por un minuto en el interior  
de tus iglesias  
o en las bancas de tus parques públicos,  
yo soñaría la primavera,  
soñaría un mundo de verdad, redondo,  
como la ternura del seno de mi madre,  
porque soñar es el regalo mayor  
de la naturaleza a nuestra especie,  
porque puedo decir lo que sueño,  
la sustancia del poema.  
Si pudiera cerrar mis párpados que pesan como los  
temores,  
qué verdes cortaría de los inmensos pradales,  
qué albas pintaría en mis muros enmohecidos de  
tristeza,  
qué rumores de río llevaría como cuarzos al desierto,  
qué sismo sería en el abrazo con toda mi amargura,  
qué ritmos bailarían con la música del corazón,

qué cascabel dominaría mi alma, aguda frente al mundo,  
qué nombre me daría con la voz de animal recién  
nacido,  
qué nidales tejería cuando el dolor aove en mis manos,  
qué cumbres alcanzaría siendo el ave de libres  
acrobacias,  
qué hombre fuera yo, tan hombre y tan humano.  
Si me dejaran en paz  
los zancudos que vienen por mi sangre,  
serían mis nervios acordeones,  
más allá de mi flaqueza.

## DISERTACIÓN DEL RECOSTADO

Cuando se tiene cerca, la cama es un mueble más del resto, como decir un taburete o una mesa; incluso un macetero sin planta o un cajón con botones de repuesto para las viejas camisas. Pero la cama, a distancia —lo sabe el trashumante—, es una casa entera, un piélagos que busca el espinazo para no abandonar su estructura en el camino, como abandonaría su dolor el que avanza quejándose, canción adentro. Busca la carne su forma en el colchón, en la ternura donde transcurre la noche sin prisa, sin frío, sin el sueño afuera de su vaso para que no lo roben los sedientos que nunca han vivido en su garganta y no se reconocen después de la sed y de la sed,

más allá, siempre hacia allá  
del polvo  
y las paredes diarias.  
Y en la metáfora, la cama es animal,  
se convierte en tlacuache,  
marsupio de cobijas,  
de donde resurge la luz,  
porque recién nacidos despertamos,  
con los ojos envueltos en su pupa:  
más de dos veces  
venimos al mundo a intentar  
la vida que se amarra a la sombra  
y se estira, y se quiebra,  
y se vuelve a unir,  
porque es nudo de bronce  
condenado a reventarse  
un día que.  
Pero también busca la cama a su durmiente,  
sabe que le sabe su cuerpo,  
y le sabe en verdad a sal y a polen,  
a cabello de aceites diurnos,  
a piel de enfermo  
que cubre con una telaraña,  
previo a la tumba;

porque el colchón es hermano de la muerte  
y no descansa  
hasta hacer de la carne disección,  
estatua para los corredores  
de todo lo perdido.  
Busca la cama a su durmiente —se dice—,  
como busca un río  
sus primeras piedras desplazadas,  
porque ya son arenas,  
porque son la forma de su angustia,  
porque ya.

## AVERÍO

No sé bien qué hace la muerte con nosotros,  
pero toma nuestra arcilla seca  
y la moja con las lágrimas de los que lloran.  
A los poetas, por ejemplo,  
les da alas,  
no para convertirlos en pájaros,  
ni en absurdos ángeles,  
sino para dejarlos en el aire  
y conseguir que el mundo pese menos.



## SILUETAS DE LOS TRISTES

También hay un canto, como un lugar para los tristes.  
Hay poesía, bienaventurados,  
para los que caminan con un hoyo en la palabra,  
los que navegan por el llanto, en las balsas del  
insomnio,  
los que nunca llegaron a encontrarse  
en los espejos, ni en el tacto húmedo,  
los que van sin nombre  
y clavan su voz en cualquier encrucijada,  
los que regresan del sueño  
y olvidan despertar su corazón emocionado,  
los que viajan en veloces bicicletas  
y rompen enjambres de mustias avispas,  
los que lanzan un anzuelo  
con la certeza de que el río les negará su carne,  
los que incendian las cortinas, no por ver el mundo,  
sino por conseguir que el mundo los mire,  
los que llevan el nombre  
cosido en la misma tela de los trajes luctuosos,  
los que van de rodillas  
por cargar un costal con las piedras de otros infelices,

los que no comen  
para no impedir el paso a la blasfemia,  
los que, si pudieran, se partirían por la mitad  
para ser dos en la misma hebra de tristeza, entretejidos,  
los que no celebran los partos  
porque saben que nacer  
es la llave de las puertas que dan a la salida,  
los que sienten hambre, a pesar del pan,  
y mendigan un trozo de ternura,  
los que, asimismo, se petrifican  
cuando les dicen «locos» con una parvada de zanates,  
los que traen consigo un tambor  
y lo hacen sonar cuando alguien acaricia al erizo del  
mundo,  
los que caminan por la ciudad  
con un violín roto, parecido a su silencio,  
los que tienen las manos frías  
porque temen al fuego, tanto como temen al amor,  
los que, ay, atesoran poemas  
para darle cuerpo a su dolor sin forma.

## ARENA DE LAS ISLAS

Me parezco a mi padre, en el aspecto y en el nombre,  
tanto como la poesía se parece a la poesía,  
sin importar el origen  
del poeta y su amargura.

## MONÓLOGO FRECUENTE

¿Es posible que pueda verse algo de mí en las palabras?

¿Puede la grieta dejar salir la luz como parvada de  
paserios?

¿O es acaso que el poeta le inventa rostro a su poeta?

## ATAVISMOS DE LA LUZ

Nací primero en las ideas de mi madre.  
Antes de ser cuerpo y llanto,  
en su mente juvenil  
fui un fósforo, una luciérnaga,  
una pizca de sal  
o tal vez algo más cerca de lo lejos:  
un nido  
en el cedro encorvado  
de su melancolía,  
un cenizote  
en la elevada ilusión de su ramaje.  
Después vinieron otros instantes de la luz:  
los menos claros, los «a medias».  
Nací, por ejemplo, la vez que mi padre  
se fue de casa  
y al salir sin su nombre  
venció los vidrios  
del cuarto en sombra  
que era yo,  
en el sueño del útero materno.

Alguna vez desperté de la ceguera,  
y al emerger de su sótano anegado,  
con los dedos del sol en mi rostro,  
germiné de nuevo en tres sonidos:  
«Francisco» —como el ausente—,  
ante los ojos hinchados de la mujer  
—los más negros por fuera,  
teñidos por la prórroga del amor,  
y más azul cobáltico por dentro,  
desde donde pude contemplarlos  
en el instante de ser  
el agua oculta de sus lágrimas—.  
Pero nací, sobre todo,  
aunque me falten hoy pedazos,  
cuando mi padre atravesó,  
vuelto magma, la carne de mi madre;  
porque es lumbre su cuerpo  
—abrupta, incontenible—  
y su recuerdo un ardor  
que hace crepitar mi boca  
al nombrarlo  
desde mi remota condición  
de leño quebradizo.

## DISCURSO COMO AGUA PARA EL TRIGO

Puedo ser lo más renegrado,  
ser la gota primigenia que recorrió el mar,  
los ríos hediondos y el desagüe,  
ser el agua que inundó las grandes metrópolis  
y los que ayer fueron escenarios de la guerra  
—termópilas y troyas  
que hicieron de los mitos un lugar  
donde las pavesas de las cosas destruidas  
se detienen a morir como estatuas de luciérnagas—.  
De mí han bebido las aves, los reptiles y los ciervos,  
se han bañado prostitutas y reyes sanguinarios.  
Han bautizado conmigo a los sucios y a los hipócritas.  
Se han lavado las manos Caín y los muertos de su  
estirpe.

Soy la cólera de los océanos.  
Soy el líquido que colma los mundos de sustancia.  
Soy la huella de lodo, los oscuros de la calle, de la vida,  
y el tufo de la noche.  
Soy el chorro de anegadas azoteas.  
Soy la lluvia enferma de gris plomo  
y de dureza impasible, más vidrio que granizo.

Pero en tu imagen, madre, en tu sol de anciano cielo,  
soy la boca en su sueño de caudal,  
el agua recobrada, el vapor de un hombre  
que asciende limpio  
al pronunciar tu nombre espiga,  
tu teresidad agitada en el ambiente  
y tu naturaleza de dar el amor  
como trigo de panes venideros.



## BOTELLA CON EPÍSTOLAS

Recuerdo algo de mi infancia  
por mi madre:  
que leí las primeras líneas  
de una carta que le enviaron desde California,  
y que en ese momento,  
acaso el más alacranino de su existencia,  
supo que yo conocería  
el dolor que llevaba  
en su ser  
como un laberinto de hormiguero.  
Siempre fui precoz para dolerme,  
dado que aprendí a leer  
a los cinco años  
y entendí después aquellas letras  
enviadas por mi padre  
(botella con epístolas, vidrio soplado  
por el alcohol y la nostalgia).  
Por eso quise escribir pronto:  
para expresar este dolor  
con cartas  
dirigidas a la sombra de mi destinatario

e ir construyendo  
una ausencia, la misma que soy  
escondido en borrosos caracteres.  
Hay algo de tristeza en las cartas,  
porque los dobleces del papel  
esconden liebres nerviosas  
que jamás se dan alcance.  
Aquellos escritos inseguros  
de mi niñez  
fueron, desde entonces,  
el nido de los pájaros  
que cantan hoy  
alrededor de la jaula  
que es mi madre sola  
con su reloj de pulso descompuesto.

## DOS MOMENTOS

He pensado mucho en la juventud de mi madre:  
huella inmarcesible en su tacto,  
como el hueco de un fruto  
ocupado antes por la vanidad de su semilla.  
Las manos de Teresa  
serán siempre dos momentos,  
el primero para hacer  
y el segundo para dar  
lo que se cocina  
en la ignorancia de las cosas,  
excepto de la bondad,  
porque es en este surtidor  
donde existe lo abierto,  
como un estuario que entrega  
sus piedras más hermosas  
al océano  
o como la carne tibia que da forma  
y nombre a los latidos  
(percusiones, apenas un rumor  
del concierto universal,  
un verso y una espiga  
para la angustia de los pájaros que lloro).

Como un sonar de campanas  
en la noche  
es la soledad de mi madre  
en su refugio,  
en su cama, arena calinosa,  
donde entierra quimeras  
para vencer sus ansias de pleamares.  
Mamá pelícano se hiera  
y su sangre me da para que viva  
—yo me cimbro y me agrieto:  
ella sale, estaca de luz,  
por las fisuras de mi voz que la develan.

MANECILLAS PARA VOLVER  
DE LOS DESTIERROS

Escuché que mi madre trabajó en una fábrica de  
relojes

cuando estaba embarazada de mi vida.

La imagino sonriente, con la generosidad  
en las líneas de su mano,

porque dicen que volvía esbelta de dolor  
por la orilla de la calle,

enjoyada de juventud, con sorpresas  
en su bolso

para los que corrían descalzos en la casa  
y se alegraban por cubrir  
sus pies con cuero nuevo.

Así era la felicidad, así el amor  
en algún lugar del país

donde nacen los pájaros  
con el pico abierto y las alas ateridas.

Mi madre supo que era necesario  
proteger los pies de los viajeros,  
de los niños que, más tarde,  
después del estornudo del tiempo,

de varias horas —tic, tac, toc—,  
de varias muertes y lágrimas,  
abandonaron la casa para ir a buscar  
—por más de diez años—  
la mitad de su rostro  
que nunca iluminaron los espejos,  
ni las estrellas del viaje a California.  
Mamá trabajó en una fábrica de relojes  
—cuentan sus hermanos, cuando vuelven—:  
tal vez intuía, en su soledad inmadura,  
que estaba condenada a la espera  
—a mirar el reloj y el calendario—  
y que yo nacería enfadado con el tiempo.

## ESCARABAJO DE JUNIO

Mi madre me llamó Francisco.  
Desde entonces  
me convertí en un hilo entre su mano  
y la pata tozuda de mi padre  
—escarabajo verde  
con las alas en guerra  
                    contra el viento.

## TOCAR EL MAR, DESVANECERSE

Entre las sábanas que teje para su piel solísima,  
ella evoca, toca su centro y es más que tibia espuma;  
es un tronco en la saliva del mar que bufa taurino,  
como un hombre —el suyo—,  
al caer sobre la carne con el miembro,  
frutolácteo,  
hinchido de cólera por su pronta inmolación.  
Y crujen los huesos en la espera.  
Se contrae la piel.  
Brilla la sal en los resquicios  
y se hunden los dedos en el arrecife del éxtasis,  
al que se llega con voracidad,  
cual cardumen,  
antes de dar fin al océano y volver a la orilla  
con la caracola de ayer en los oídos.

Lejos, en un barco, es posible que algún marinero  
—atado al mástil de la sed— imagine su figura.

¿Mujer o bestia?: alebrije marino  
en las horas de humedad que la carcomen.



## CASA, CORAZÓN Y HORNO

El corazón de una casa  
es una mujer que enciende el horno  
y mete a sus hijos en el fuego  
para que de la arcilla  
le renazcan pájaros  
con el don de trinar  
sobre los árboles heridos.  
Mi madre soñó mucho la casa que tiene  
y vio cuatro niños en su sueño:  
uno sin vida,  
sepultado en la misma tumba  
del abuelo Julio,  
y tres en el aire,  
sobrevolando el televisor y los cajones  
como mosquitos enfermos  
por mirar el polvo de las cosas.  
Mi madre, en su casa,  
es en verdad un corazón  
con las arterias saturadas de ternura;  
y es tanto su tiempo  
en el mismo espacio  
que ya es el lugar un hueco amoroso

donde cabe su ser  
—alto de felicidad  
y de inocencia—,  
como un durazno protegido por la rama,  
pero abierto al porvenir de dientes,  
porque todo recomienza en la semilla.  
A veces miro a mi madre,  
a la mil veces Teresa de mis huesos,  
dormir con la paz  
que perdí  
afuera del refugio de sus brazos,  
y temo tanto despertarla  
para decirle:  
*Madre, hoy me siento libre  
pero me queda grande el mundo.  
¿Cómo hacen los pájaros  
para sentirse en casa  
en cualquier punto del aire?*

## GIRASOLES

Cuánto hay para contar sobre los golpes que me  
diste, madre.

Cuánto sobre la vez que me abriste la boca  
y el grifo de las lágrimas  
por romper la calma de la casa en día domingo;  
porque siempre fue la paz tu jarrón más anhelado,  
para ocuparte de los soberbios girasoles,  
tan abiertos, igual que tu amargura.

Aprendí el dolor del mundo  
como se aprende la rabia del océano en las orillas:  
mirando, sin más, sin prever las arenas en el aire.

Me lastimaste algunas veces, Teresa,  
y sin embargo te amo,  
como el pájaro al viento que ayer tiró su nido.

Y en este acto, mujer, encontré una ruta  
para llegar a la poesía  
y descubrir a los amigos en el festín donde se canta:  
*Cada poeta tiene algo que decir sobre cómo llegó al mundo  
y sobre cómo llegó al verso en el que vive.*

## SÉPTIMO

Escribo a Dios  
porque siento nostalgia de mi fe,  
de mi corazón infantil  
y de las cartas  
que transformaron mi zozobra  
en una frase para otro,  
como se transforma la uva agria  
en un trago de vino  
para no estar seco en el cajón  
de las memorias.  
Y en estas líneas, Señor,  
te pido disculpas  
por desandar el mandamiento  
de las sílabas opacas:  
*¡No robarás!*  
Todos somos ladrones  
en diferentes medidas;  
roban el hombre,  
la bóveda celeste y las horas,  
roban los animales,  
las aguas  
y las ráfagas de viento.  
Somos, los vivos, aves de rapiña  
y tomamos el mundo  
con desdén,

como cuando arrancamos  
la mala hierba del jardín  
saturado de apariencias.  
Pero diversas son las causas  
de este delito  
—tan natural como cualquier alumbramiento—;  
unas son brillantes,  
otras oscuras  
y blasfemas de la vida  
igual que una soga en la garganta.  
Y entre esas causas  
está la de Teresa, la ladrona.  
Oh, Señor, el robo de mi madre  
que no te cuento  
para que sientas compasión  
por ella,  
porque no hay culpa  
en sus ojos de mariposa  
donde cabe absoluto el amor  
como el porvenir en la panícula.  
Dígase mañana que mi madre  
entró a una tienda de zapatos  
y robó un par  
para los pies del hijo más pequeño,  
mientras los otros dos

le llorábamos  
por no ver cerca a nuestro padre  
que dormía  
en una isla de lotófagos.  
¡Que alguien escriba, Dios,  
el nombre de Teresa  
a la mitad de tu cuaderno!  
Ella no es la tela purísima,  
pero teme tu ira  
y te ama,  
porque amar siempre ha sido  
el más alto  
mandamiento de la sangre.  
Cúlpage a mí, Señor,  
por estar vivo y escribir  
este litigio  
en defensa de todos los ladrones,  
incluyéndote,  
porque también robas  
el aliento  
y los colores de lo vivo,  
para que vengan otros  
a cruzar —con o sin zapatos—  
las veredas del mundo  
que inicia en tu palabra.

## LA PIEDRA EN LA MANO

No hay inocencia en ti, madre;  
dejaste de tenerla porque yo vine a corromperte.  
Te obligué a mirar el mundo  
y maldecirlo.  
Pero no condenes a la piedra  
por haber roto el cristal de tu ventana.  
Enjuicia a la mano  
porque es el monstruo del mundo,  
animal sin ojos,  
inmiscuido en madrigueras,  
donde clama por amor  
—raíz profunda para asirse.

## EL MUNDO CALLA

¿Qué dicen las palabras, madre?  
El mundo calla.  
La poesía está en silencio:  
nació del soplo del ruido, mas sin lengua.  
Pero no me resigno a la garganta  
como si fuera un muro —o su sombra—,  
por eso hago de tu nombre  
el aliento de mi máscara torcida:  
vendaval con libélulas  
que ha de cruzar el tiempo  
hacia el sentido  
y la luz,  
la imagen y el instante.



## SUMARIO DE LOS CIEGOS

Madre, mi edipismo consiste  
en arrancarme los ojos  
para nunca ver el aspecto de tu muerte.  
Pero si no he de hacerlo,  
si he de mirarte  
en otra realidad que no es la del poema,  
entonces cubriré mi rostro con las manos  
—cortinas que ocultan la escena de la noche—  
y dejaré abiertos mis oídos  
por si dices algo, tus últimas palabras,  
que he de guardar  
como guardaron las aves  
en su trino  
la primera palabra  
de Dios sobre la tierra.

CARTA DESHECHA EN EL MAR  
DEL REMITENTE

I

Antes de llegar a Yucatán, con la piel seca por el  
frío altísimo  
y la tristeza como zancudo a la altura de la frente,  
yo mismo fui la península amarga de tus manos.  
Y el mar —ah, sombra líquida del cielo—,  
oyéndose, desde la infancia, en las ensoñaciones,  
cuando la piel gozaba de las sales uterinas,  
aguamor del principio, antes de toda angustia, de  
toda lágrima,  
antes, claro está, del primer coral elegiaco, primera  
piedra,  
porque mar y lamento son lo mismo  
—igual rumor e igual rotura los sorprende—: marlamento,  
discurso marítimo, sentir oceánico de toda mi  
estructura.  
Y mi nombre, lleno de rumor en este instante,  
doliéndose, en las cartas que nunca te escribí.  
Y mi carne dunosa, con cicatrices de otros vientos,  
doliéndose, en este lugar, al que llego descalzo  
para mirar el mar de frente.

## II

Cual roca, lo deforme busca el agua,  
como busca la noche al melancólico para quedarse  
de a poco  
en el discurrir de su sangre.  
Pero voy a partir, he de buscar acantilados  
en el intento de soltarme de tu amarra, porque soy  
agua en realidad,  
soy oleaje en el poema, beso en alto,  
lengua de sal buscando metales en el puerto.  
Avanzo en mi ruta, llego al mar Caribe:  
voy a desvararme de la tierra, porque agua soy al  
momento de decir,  
tumba de gaviotas al fondo en mi garganta.  
Pero voy a oscurecer de mis hondísimas memorias,  
tocaré con mi nostalgia la ciudad donde me esperas.

## III

Todo principio duele porque siempre ha de ser  
desprendimiento,  
abandono, vuelo de pavesas en jaula de papel.

Vine a soltarme de ti, de tus amarras,  
porque era difícil injertar tu nombre en los años  
del poema.

Vine, es cierto, a la ciudad del calor esdrújulo,  
pero hoy sentí la soledad en todo el mapa.  
Es la sal de tus manos la que no me deja desasirme.  
Es la sal de tu mar la que me induce a derruir  
la casa que levanto.

## IV

Anteónico, yo mismo era península en tu nombre,  
tierra de tu tierra, río de sangre petrificado en tus  
telurios.

Animal con la certeza del quiebre de mis huesos,  
he mirado el horizonte —ardoroso caimán  
con el hocico entreabierto y la cola anclada—.

Por el lenguaje lastimado en los poemas  
—inconclusos, sin vértebras—, he corrido hacia el  
océano

como quien corre a la playa con todos sus guijarros  
y los pule con las lijas del oleaje,  
porque sabe del brillo en toda piedra, como un papel,  
para escribir las cartas a todos sus heridos.

Pero no consigo ser continente aparte, archipiélago,  
separación de tu lágrima, parto al fin de tus fragmentos.

## V

Si muero en el mar, no hablen de un ahogado,  
sino de las posibles sales que llenan el acordeón de  
los pulmones.

Digan que quise vestirme la carne adolorida  
con algo tan cercano a la placenta,  
igual que los tristes con su luto  
y sus capas de silencio.

Si muero en el mar, sin pronunciar tu nombre,  
que alguien se detenga en el muelle:  
escuchará un rumor de leño,  
el de mi cuerpo en el oscuro  
y las brazadas inexpertas en busca de tu isla.

## VI

Y vienen de la hondura las canciones del mar,  
llámense poesía o amorosa raíz de la que soy el  
náufrago.

Y las canciones llenan los vacíos,  
pero algo falta todavía, algo como un barandal  
o una lámpara, una flauta  
para la mano desasida.

Los que extrañan son más que rumores de crustáceos,  
son graznidos en la noche,  
pájaros son, con la sed en alto vuelo.

## VII

Para escribir una carta de esta magnitud,  
se debe ir al mar, a padecer la sed, pese al agua.  
Debe la carne ser golpeada por el animal de la memoria.  
El poema, sobre todo, debe ser útero  
del que renacen  
los que cantan incompletos.



## VIII

Todo aquel que escribe una carta, quiere conocerse.  
He venido a este puerto  
a descubrir si es disfraz mi soledad  
y si puede salvarme la distancia.

## IX

Hace tiempo que mi dolor se hizo ilegible,  
por eso vine a darle torso  
en esta carta que se agita en el mar  
y encuentra su derrota.  
Aquí están mis esculturas, mis néfeles al viento.  
En botella de vidrio,  
se conservan mejor los ruidos de mi llanto.

**FRANCISCO TREJO** (Ciudad de México, 1987) es poeta, ensayista, investigador y editor. Maestro en Literatura Mexicana Contemporánea por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y licenciado en Creación Literaria por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Cofundador y director de Nueva York Poetry Review y jefe de redacción en Norte/Sur. Coordinador editorial de Nueva York Poetry Press. Autor de *Derrotas. Conversaciones con cuatro poetas del exilio latinoamericano en México* (2019), *Penélope frente al reloj* (2019), *Balada con dientes para dormir a las muñecas* (2018), *De cómo las aves pronuncian su dalia frente al cardo* (2018), *Canción de la tijera en el ovillo* (2017/2020), *Epigramas inscritos en el corazón de los hoteles* (2017), *El tábano canta en los hoteles* (2015), *La cobija de Ares* (2013) y *Rosaleda* (2012). Una muestra de su obra está incluida en *Sumario de los ciegos (Antología personal)* (2020), *Siluetas de los tristes* (2020) y *Antología general de la poesía mexicana. Poesía del México actual. De la segunda mitad del siglo XX a nuestros días* (2014). Entre otros reconocimientos, obtuvo el VII Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2012, el XIII Premio Internacional Bonaventuriano de Poesía 2017, el VI Premio Internacional de Poesía Paralelo Cero 2019 y el segundo lugar de los International Latino Book Awards 2020.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraiibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de náufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poestías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athias
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona! Antología poética*, Andrés Bello
163. *Delirios del amor divino. Antología*, Sor Josefa de Castillo y Guevara
164. *El universo es la patria*, Emilia Ayarza
165. *Apogeo*, Gioconda Belli
166. *Huellas y paisajes. Antología*, Marín Aranda
167. *Lluvias (Antología poética 1983-2019)*, Hugo Mujica
168. *Hijo de la luz y de la sombra. Antología poética*, Miguel Hernández
169. *Lo que ordena el ruego. Antología*, Luz Andrea Castillo
170. *La orilla de los heterónimos*, Fredy Yezzed
171. *Hay algo nuestro que se está muriendo...*, Leopoldo Lugones
172. *Oración atea*, María Tabares
173. *Más azul, más silencio. Antología*, Ana Mercedes Vivas
174. *La casa en el invierno. Antología mínima*, Juan Carlos Acevedo
175. *Labios que estan por abrirse*, Alejo Morales
176. *Heridas luminosas que se quiebran. Antología*, Margarito Cuéllar
177. *Después de mi está la luz*, Ela Cuavas
178. *Memoria del sueño vegetal*, Irina Henríquez
179. *Carta deshecha en el mar del remitente*, Francisco Trejo



Editado por  
el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en junio de 2021

Se compuso en caracteres  
Goudy Old Style de 11 puntos  
y se imprimió  
sobre papel bulky de 60 gramos,  
con un tiraje de  
8.000 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*